



4 de diciembre de 1881

**Hacer cada una de nuestras acciones por Dios y con el espíritu
que le conviene**

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

Hoy me gustaría deciros unas palabras sobre la importancia de hacer bien y ofrecer a Dios todas las acciones cotidianas de la vida.

No hay persona religiosa que no ofrezca a Dios, desde primera hora de la mañana, todas las acciones de su jornada. Pero las que no son fervientes pasan luego, de una a otra de esas acciones, con toda naturalidad, porque es la hora, sin pensar en elevarlas a Dios. ¿Qué sucederá entonces al final de la vida? En cada una de estas acciones se producen defectos: en una, es el amor propio; en otra, la impaciencia. Cuando, al final de la vida, buscamos lo que podemos presentar a Dios, nos encontramos con las manos vacías, porque cada una de las acciones ordinarias no ha sido suficientemente santificada. Por el contrario, las almas fervientes que, antes de cada acción, se elevan hacia Dios y se esfuerzan por hacerla lo mejor posible, adquieren grandes méritos; y eso es lo mejor que se puede hacer en la religión.

A veces nos encontramos con personas que siempre buscan cosas extraordinarias. «¡Si ayunara!», dicen algunas. Cuando hayáis ayunado un día, dos días, tres días, cuatro días, cinco días, seis días, les responde san Francisco de Sales, no añadiréis un día a la semana para ayunar un octavo día. Pero realizar cada una de las acciones del día con la mirada puesta en Dios, aportando las disposiciones del alma, del espíritu, del cuerpo, del exterior y de la conducta que le convienen, es un acto de amor a Dios siempre renovado, y es el medio de adquirir un gran número de méritos.

Por ejemplo, si vamos a la capilla, dice san Francisco de Sales, hay que llevar un aspecto recogido, modesto, un espíritu atento a rechazar todas las distracciones, mantenerse en profunda humildad ante Dios, para obtener de Él el espíritu de oración.

Salimos de la capilla y vamos al refectorio. Es Dios quien nos da el pan de cada día, sin el cual no podríamos vivir. Hay que dar gracias por ello. San Vicente de Paúl tenía los ojos llenos de lágrimas cada vez que iba al refectorio. *No hago nada por Dios*, decía, *¡y Él piensa en alimentar a un ser tan inútil!* Por lo tanto, hay que dar gracias a Dios, aceptar con sencillez lo que se nos da y no buscarnos a nosotras mismas.

Después vamos al trabajo, que nos pone en contacto con el prójimo, con las hermanas, con las niñas. Para ello, la disposición a la caridad y la paciencia es lo que me parece más necesario. Hay que querer servir a los demás, ser útil a los demás, soportar lo que hay que

soportar. Hay mucho que soportar con las niñas y, a veces, también entre nosotras. Nunca conseguiremos que todos los caracteres sean iguales. Por ejemplo, hay una persona que, por su salud, necesita moverse, ir y venir, y que está siempre en movimiento: se vuelve agotadora para las demás. Ciertamente, no hay nada de malo en ello, no digo que no sería mejor que se moderara, pero, al fin y al cabo, las demás tienen que soportarla. En general, una disposición amable, afable y benévola, que hace aceptar cada una de sus ocupaciones como la voluntad de Dios, que hace que uno quiera poner allí su penitencia, es la disposición que más méritos adquiere en el trabajo.

Llego ahora a uno de los ejercicios más esenciales de la vida religiosa, del que os he hablado a menudo: el recreo. San Francisco de Sales aconseja a todas las religiosas que eleven un instante su espíritu hacia Dios antes del recreo, para pensar en hacerlo bien. Si hay un ejercicio en el que es necesario aportar un espíritu amable y benévolo, ese es el recreo. También se llevan allí defectos; una, por ejemplo, dice también san Francisco de Sales, será propensa a faltar a la modestia con risas¹ excesivas; otra, a dar su opinión, a censurar, a juzgar, a burlarse. Hay que elevar el espíritu hacia Dios para ver cómo se pueden evitar estos defectos. El recreo es uno de los ejercicios en los que más virtudes se pueden practicar, ya sea la humildad, la paciencia, la benevolencia, la caridad y la dulzura.

Creo que ya os he citado las palabras del señor de Rancé. Decía que en las comunidades donde no hay contacto mutuo, se necesitan actos especiales de humildad y caridad para sustituir a aquellos que no se pueden practicar entre nosotras. Por lo tanto, creía que aquellos que tienen relaciones mutuas se ocupan de practicar las virtudes que pueden encontrarse en ellas, y eso es lo que debemos intentar hacer.

Pero, sobre todo, hermanas mías, hay una frase en la Regla con la que quiero terminar. Algunas personas escuchan las observaciones para aplicarlas a sus vecinas. No, no hay que aprovecharse de ellas para esperar la virtud de los demás. Estas observaciones no son para vuestra vecina, sino para cada una de vosotras. Sería un mal uso decir: «¡Ah! ¡Si mi vecina fuera más humilde!... ¡Ah! Si fuera más amable... Si hiciera menos ruido, sería mucho más agradable para mí». Estas cosas no se dicen para vuestro placer, sino para Dios, para que cada una se esfuerce por complacer a Dios, por hacer su voluntad, por doblegar su espíritu, con gran flexibilidad, a todo lo que Él espera de sus siervas, de sus esposas, en cada uno de nuestros ejercicios.

Cada uno requiere un espíritu diferente. Hay espíritus tan mal formados, dice san Francisco de Sales, que se verían tentados a llevar a la capilla un aire distraído y disipado, y al recreo, un rostro serio y recogido. Hacer cada cosa con el espíritu que le corresponde es una gran virtud, un gran mérito a los ojos de Dios. Una religiosa que, en todas las cosas, se ponga bajo la mano de Dios, que, en todo tipo de contradicciones, no busque la culpa del prójimo, sino lo que ella debería haber puesto de humildad, dulzura, paciencia y condescendencia en esa dificultad, en esa relación. Una religiosa animada por este espíritu siempre avanzará, adquirirá cada día nuevos méritos. Contribuirá a la edificación, conservará la Regla y dará buen ejemplo en todas las cosas: que es el verdadero deber que todas tenemos que cumplir.

¹ “Ris”: palabra utilizada por madre María Eugenia